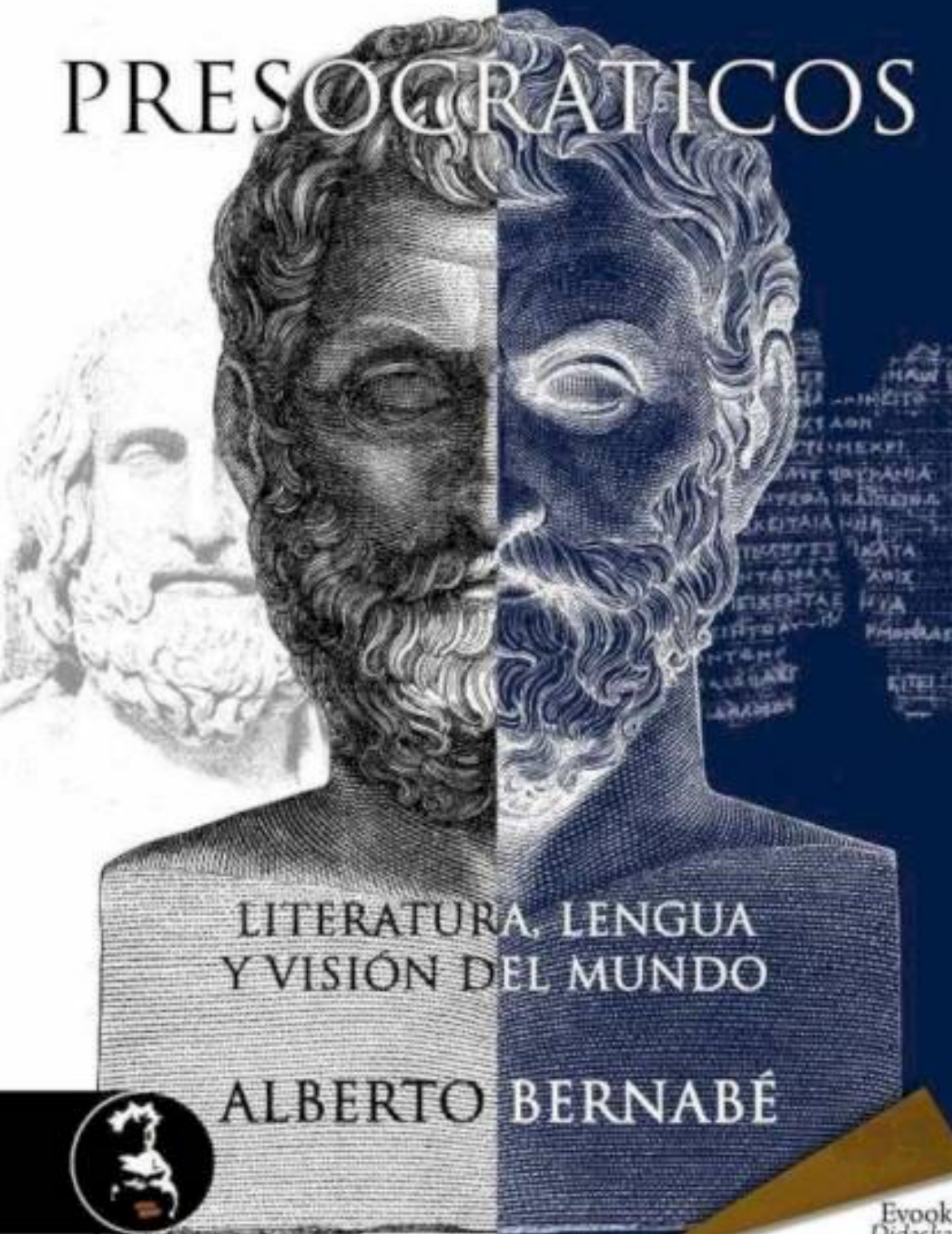


LOS FILÓSOFOS PRESOCRÁTICOS



LITERATURA, LENGUA
Y VISIÓN DEL MUNDO

ALBERTO BERNABÉ



LOS FILÓSOFOS PRESOCRÁTICOS

LITERATURA, LENGUA Y VISIÓN DEL MUNDO

Alberto Bernabé

*A Silvia
que domina los arcanos de hacer índices
y descubre con ojo agudísimo las erratas que
gustan de ocultarse*

INTRODUCCIÓN

En los tiempos modernos, los filósofos presocráticos, pese a su carácter de pensadores de una época muy antigua, en que la actividad filosófica no se había aún separado del todo ni de la poesía ni de la religión, y pese a habernos llegado de forma muy fragmentaria e indirecta, no han dejado de interesar a filólogos, filósofos y científicos, que van descubriendo continuamente en ellos nuevas facetas y nuevos aspectos de interés.

En este libro se presentan al lector varios estudios que tratan de contribuir a desvelar algunos aspectos del complejo mundo de los filósofos presocráticos. Varios de ellos son aspectos no frecuentemente transitados en la bibliografía que se les ha dedicado.

El libro se articula en cuatro partes. La primera, «Filosofía y literatura», incide en el análisis literario de los filósofos presocráticos, para señalar en qué medida la elección de un género literario condiciona la manera de razonar de los autores y cómo es imposible entenderlos prescindiendo del contexto literario en el que se movieron.

La segunda, «Filosofía y lengua», se centra en dos aspectos importantes: el primero, el problema de la utilización filosófica de los términos del griego antiguo y la forma en que los filósofos debieron modificar la lengua griega en la que escriben para hacerla capaz de expresar los nuevos contenidos que presentan, y el segundo, las primeras especulaciones sobre la lengua, que fueron el germen de los grandes desarrollos que las ideas lingüísticas tuvieron en los filósofos posteriores como Aristóteles o los Estoicos.

La tercera parte, «Del mundo, el tiempo y la multiplicidad», examina dos cuestiones centrales en la especulación presocrática acerca del mundo. Por una parte, los diversos modelos de tiempo y de su transcurso que configuraron estos filósofos, y por otra las distintas nociones que desarrollaron sobre la unidad y la multiplicidad.

La cuarta parte, «El Papiro de Derveni», se dedica a un documento cuyo interés se va haciendo mayor a medida que progresan los estudios que se le consagran. El Papiro de Derveni, que se data en el siglo IV a.C., contiene un comentario de un ritual y de un poema atribuidos a Orfeo. El comentarista, al que podríamos considerar el último presocrático, pretende encontrar tras el relato poético de una teogonía órfica una cosmogonía filosófica, semejante a otras ya conocidas e influida por ellas, pero con rasgos muy originales.

Algunos de los trabajos aquí reunidos habían sido publicados, otros ven la luz por primera vez. Sin embargo los ya publicados han sido revisados y actualizados para el presente libro y se han añadido o reescrito muchas partes, en especial, se han eliminado las repeticiones y se han articulado de una manera orgánica.

El detalle de la procedencia de los trabajos es el siguiente: «Los filósofos presocráticos como autores literarios» fue publicado en *Emerita* 47, 1979, 357-394. «Definir negando. El uso de adjetivos negativos por los filósofos presocráticos» es la traducción de una ponencia en inglés, inédita, presentada en la International Association of Pre-Socratic Conference, en la Brigham Young University, Provo en 2008. «El vocabulario filosófico griego. Nacimiento de una terminología» fue texto de una ponencia, presentada en el V Congreso Andaluz de Estudios Clásicos en 2006 y que permanece inédita. «Lingüística antes de la lingüística. La génesis de la indagación sobre el lenguaje en la Grecia Antigua» fue publicado en la *Revista Española de Lingüística*, 28, 1998, 307-331. «*Kata ten tou chronou taxin*. El tiempo en las cosmogonías presocráticas» apareció en *Emerita* 58, 1990, 61-98. «Lo uno y lo múltiple en la especulación pre-

socrática: nociones, modelos y relaciones» vio la luz en *Taula, quaderns de pensament (UIB)* 27-28, 1998, 75-99. La «Nueva traducción del Papiro de Derveni» es inédita, ya que corrige y mejora versiones anteriores, en especial, porque se han tenido en cuenta las variaciones en la disposición de los fragmentos de las columnas iniciales, que han dado lugar a un texto bastante diferente. Por último, «La Cosmogonía del Papiro de Derveni» es un trabajo inédito (está en prensa una versión más amplia, en inglés).

Madrid, enero de 2013

I. FILOSOFÍA Y LITERATURA

1

LOS FILÓSOFOS PRESOCRÁTICOS COMO AUTORES LITERARIOS

1. Introducción

La situación de los filósofos dentro de la literatura griega es muy peculiar. Mientras que es práctica normal en los estudios literarios clasificar los diferentes autores por un elemento de juicio claro, basado en criterios formales —el género literario al que pertenecen—, los filósofos, en cambio, se agrupan en un apartado específico, segregados por un criterio diferente: el del contenido. Sin embargo, el hecho es que los filósofos, en tanto que autores que se han servido de la lengua griega para expresar sus ideas, no son algo aparte en el panorama literario, sino que se sitúan en un contexto en el que existen unas determinadas formas de componer literatura —poéticas o en prosa, orales o escritas—, unos esquemas o modelos de narración, unos recursos de estilo y unas determinadas formas de comunicación del autor con el público, factores que no dejan de incidir de forma determinante en la configuración de sus obras[1]. El propósito de este capítulo es presentar una perspectiva de las producciones de los filósofos presocráticos desde el punto de vista de las diversas formas literarias que eligieron[2], independientemente del valor que sus especulaciones tienen para la historia de las ideas.

La situación de pioneros de los presocráticos en la especulación sobre el mundo, el hombre y la divinidad les obligó a buscar el instrumento más idóneo para exponer un conjunto de ideas nuevas que, por serlo, eran en principio difíciles de expresar en los géneros ya constituidos, que obedecían a propósitos diferentes y presentaban unas características muy específicas. Sus soluciones fueron varias y los filósofos fueron acomodando a sus nuevos propósitos los recursos tradicionales, si bien la elección de un determinado género, por el peso de la tradición literaria, condicionaba no poco el contenido. Tras un período de tanteos en el que prácticamente se ensayaron todos los géneros ya creados, la filosofía fue independizándose y desarrollando sus propias estructuras. Este proceso, sin embargo, no se cerró en la época presocrática. No hay en todo este período nada parecido a un género literario específico de la filosofía.

No es posible tratar a todos los autores por igual, sobre todo por causa de las diferentes circunstancias en que se encuentra cada uno de ellos. Frente a filósofos de los que disponemos de extensas citas literales, conocemos a otros solo por alusiones al contenido de su pensamiento, debidas a autores a los que los aspectos formales o literarios no interesaban ni mucho ni poco. En algunos presocráticos el estudio literario ha sido emprendido de forma detenida e incluso disponemos de abundante bibliografía. Es el caso, por ejemplo, de Parménides. En otros, este campo no ha sido ni siquiera desbrozado. Por último, hay autores cuya interpretación suscita mayores problemas o han sido objeto de más interés, mientras que otros siguen modelos ya existentes, sin aportar nada nuevo desde nuestro punto de vista. Seguiré, pues, un esquema coherente, dejando aparte cuestiones marginales, para marcar solo las líneas generales del problema. Para ello, voy a basarme sobre todo en el examen directo de los propios fragmentos, así como en los datos o juicios sobre autores u obras aportados por la tradición antigua. La presentación de las diferentes soluciones no seguirá un orden cronológico, sino un orden de acuerdo

con las diferentes formas de respuesta al problema del género literario que adoptaron los presocráticos y que trato de sistematizar aquí.

No obstante, antes de abordar la cuestión, me parece fundamental partir de los orígenes inmediatos, esto es, de la etapa prefilosófica en la que se hallan los embriones de los posteriores desarrollos y que explica muchas de las peculiaridades que seguirán presentes, en mayor o menor medida, en los primeros intentos.

2. La reflexión prefilosófica

2.1. La épica

Está claro que en Grecia aparecen reflexiones sobre los grandes temas —el mundo, el hombre, la divinidad— en las primeras manifestaciones literarias, los poemas épicos, y en la lírica. Ha llegado a ser práctica común que los libros dedicados a los filósofos presocráticos dediquen un espacio a señalar precedentes míticos de las especulaciones filosóficas. Tales planteamientos prefilosóficos son más acusados en los poemas épicos didácticos, en los que se intenta ofrecer una narración del tránsito hasta el orden actual del mundo desde una situación primigenia, estructurando este tránsito por vía genealógica[3], lo que obedece a un propósito de sistematización de los hechos. No hay que olvidar que este tránsito organizado desde el origen hasta el actual ordenamiento físico será tema frecuente de los presocráticos, al que dieron diferentes soluciones. Pero hay algo más importante para el punto de vista que nos ocupa y que fue puesto de manifiesto por Havelock (1966): la composición poética en su origen es un recurso inventado para salvar la necesidad de conservar determinadas experiencias en la memoria de los seres humanos, en una época de comunicación exclusivamente oral. De ahí que en estos poemas la sintaxis se conforme a reglas psicológicas para aminsonar el esfuerzo de la memoria, que las secuencias verba-

les sean rítmicas para asegurar su repetición exacta y que las ideas aparezcan en la forma de acontecimientos y actos. El contenido religioso provoca asimismo que las referencias al mundo físico usen del aparato divino como medio.

Estas formas de pensamiento y sus correspondientes formas de expresión, por hallarse en los orígenes de la literatura griega, van a condicionar el panorama posterior, al obligar a los filósofos a rechazarlas, como hacen Jenófanes o Heráclito[4], o a reinterpretarlas, como es el caso de Protagoras[5], que ve en Homero, Hesíodo o Simónides a sofistas que disfrazaron su actividad por temer al desagrado que podía suscitar, o de Teágenes de Regio[6], que pretendía hallar sentidos ocultos en Homero.

Hubo, sin embargo, una importante producción épica, perdida en su mayoría y generalmente minusvalorada por la crítica, los llamados *Poemas cíclicos*[7], que se ocupaban de temas propios de la epopeya pero con interesantes novedades, que explican muchos de los desarrollos posteriores: una de las más importantes es el interés por presentar los hechos en ordenación cronológica, que abrirá camino a la forma de producción de los logógrafos y, de ahí, a la historia (Bernabé 1981 y 2008, 363-375). Pero hay algunos detalles entre lo poco que se ha salvado de lo que fue una abundante literatura, reveladores de que en ella se generaron algunos modelos que pudieron pervivir entre los presocráticos. Así, por ejemplo, cuando en la *Titanomaquia* (fr. 1 Bernabé) se dice que todo se origina en el Éter, se expresa en clave mítica lo que constituirá luego una especulación filosófica de los presocráticos, que hablan de un elemento como principio (*arche*). Por citar otro ejemplo del mismo poema, se ha dicho que el recorrido nocturno del sol en un cuenco, tema mítico seguido por Mimnermo y Estesícoro, entre otros[8], puede tener un fundamento empírico (Kirk-Raven 1974, 30) que lo asemeja a una explicación filosófica de Heráclito (A 1 D.-K. = Diógenes Laercio 9.9-10), según la cual los astros son una especie de cuencos en los que se acumulan las exhalaciones resplandecientes. La pérdida casi completa de estos poemas nos ha dejado sin un buen

número de elementos de juicio para valorar estas influencias.

2.2. Prosificaciones, Ferecides y los logógrafos

En el siglo VI a.C. se desarrolla una tendencia entre los autores griegos a sustituir contenidos de la épica, especialmente la cíclica, por versiones prosificadas (Bernabé 1981 y 2008, 363-375). En este marco destaca la personalidad de Ferecides de Siro, autor en el que merece la pena detenerse, porque en él se manifiesta ya una gran parte de los problemas que también se plantearon los filósofos respecto a la elección de una forma literaria. Ferecides se data en el siglo VI a.C. y la época culminante de su vida, la que los griegos llaman su *akme*, se sitúa a mediados del siglo, lo que lo hace contemporáneo de Anaximandro (Schibli 1990, 13). Ni puede resolverse ni es fundamental la cuestión sobre si es o no más antiguo que él.

Más interesantes son los testimonios de su obra, recogidos por Schibli 1990. Teopompo dice de él que fue el primero en escribir acerca de la naturaleza y de los dioses (en Diógenes Laercio 1.116 = fr. 1 Schibli), mientras que la *Suda*, un léxico bizantino del s. X, nos informa de que fue el primero en editar una composición en prosa [9], por lo que parece que debemos concluir que Ferecides fue el primero que trató en prosa temas que habían sido abordados por los poetas, como por ejemplo, Hesíodo.

West (1971, 4ss.) trata de responder al interrogante de por qué utilizó prosa y no verso, y para ello toma en consideración lo que era en su época un libro. La comunicación entre autor y oyentes era oral, ya recitación, ya un coro, y el libro valía al principio para el propio autor, como un *aide-mémoire* para fijar sus pensamientos. Oímos incluso hablar de libros dedicados a templos como si, una vez escritos, no hubiera nada que hacer con ellos [10]. No existe un sistema de copias y el libro no es por sí el instrumento de transmisión, sino que se concibe como registro de una obra oral. Por ello estas primeras obras se califican como *logoi* «dis-

«cursos». Ferecides está, pues, en la misma línea que Anaximandro y Anaxímenes y en la de Hecateo. Es un *logographos* en sentido amplio, esto es, el que «pone un *logos* por escrito», que crea una obra sobre el origen y naturaleza del mundo, destinada a ser leída en público. Parece que la obra no sería de grandes dimensiones. West (1971, 6-7), a partir de los fragmentos conservados y del testimonio de Diógenes Laercio (1.119), que se refiere a ella como un «librito» (*biblion*), concluye que debía ser de muy corta extensión, por lo que la noticia de la Suda (s.v. *Pherecydes*) de que tenía diez libros se debería probablemente a una confusión con la obra del historiador ateniense del mismo nombre (Kirk-Raven 1974, 78, Schibli 1990, 19 n. 12). El estilo de Ferecides, a juzgar por los escasos fragmentos que han quedado de su obra, era elemental, con conectivas, uso predominante del presente y repeticiones descuidadas propias del habla, pero Fränkel (1975, 245) observa su íntima relación con el propio de las inscripciones, sobre todo las que recogen leyes y tratados, y señala que responde a una forma de pensar clara y constructiva. Por su parte, Schibli señala que el propósito del autor es ofrecer una versión sobre el origen del mundo alternativa a la de la *Teogonía* de Hesíodo, más consistente y precisa, y apunta que quizá su elección de la prosa se proponía marcar un contraste mayor con la obra de su predecesor[11]. Kahn añade que su cosmogonía es más alegórica y simbólica que la de Hesíodo, ya que, por una parte, los dioses que presenta, *Zas*, *Chronos* y *Chthonie* juegan con los nombres tradicionales (*Zeus*, *Kronos*, *Gaia*), pero contienen tonos simbólicos, ya que *Chronos* es el tiempo y *Chthonie* alude al mundo inferior, y, por otra parte, afirma que no nacieron, lo que se sitúa en un ámbito más filosófico, en el que la materia del mundo sería eterna (Kahn 2003, 144; cf. cap. 5 § 6).

Sea como fuere, la obra de Ferecides quedó desde bien pronto condenada a ser una curiosidad literaria que no consiguió apoderarse de la imaginación de los griegos. Es posible que comprendiéramos mejor el porqué de ello si tuviéramos el libro, pero puede sospecharse, con West, que

su error fue ofrecer a sus compatriotas una serie de mitos no fundamentados racionalmente, en la época en que ya se comenzaba a demandar lo contrario. Ferecides es un avanzado en la nueva forma literaria, pero su temática está muy arraigada en el pasado.

Junto a Ferecides hay que situar en el nacimiento de la prosa a los logógrafos, cuya relación con la poesía cíclica ya ha quedado apuntada antes. Baste como confirmación el dato de que Hecateo elaboró unas *Genealogías* en prosa, tema este típico de la poesía épica arcaica. Es significativo, asimismo, que Hecateo, compatriota de Anaximandro, perfeccionara el mapa que este había confeccionado (cf. Agatémero 1.1), lo que lo sitúa, a un tiempo, en la esfera de intereses de los filósofos milesios. Una vez más se pone de manifiesto la artificialidad de las fronteras que se trazan en época posterior entre actividades que tendemos inconscientemente a clasificar como separadas desde la Antigüedad.

Como era de esperar en un libro de esta época, el de Hecateo se concibe también como un *logos*. Su comienzo es muy significativo (fragmento 1 Jacoby):

Este es el relato de Hecateo de Mileto; lo escribo tal como me parece que es la verdad, pues las tradiciones de los griegos son, a mi parecer, múltiples y ridículas.

Hecateo opone su visión racional y fundamentada a la mítica tradicional, que considera despreciable. En suma, es en esta corriente de prosificación de la épica en pequeños tratados destinados a su difusión oral, y cuya temática era el origen y la conformación del mundo, en la que debe situarse una de las soluciones que van a darse en la plasmación literaria de las obras filosóficas.

2.3. Los Siete Sabios

No es este el lugar de entrar con detenimiento en el oscuro tema de los Siete Sabios (cf. García Gual 1989, Engels 2012). Está claro que las historias que sobre ellos se cuen-

tan son en su mayoría legendarias, que no tenemos ninguna garantía sobre la autenticidad de las sentencias que se les atribuyen y que ni siquiera se ponen de acuerdo las fuentes sobre los nombres de los componentes del grupo. Al menos podemos afirmar que, como herederos de la vieja tradición gnómica griega, que había dejado numerosas huellas en la épica, especialmente en la hesiódica, aparecen en un momento de vacío de poetas —que Fränkel (1975, 238ss.) sitúa entre 560 y 530 a.C.— varias personalidades a quienes se atribuye una serie de frases concisas y proverbiales que daban expresión a principios elementales, pero de una cierta profundidad. Esta tradición gnómica no se terminó con los Siete Sabios sino que, como veremos, se prolongaría después y se vería profundizada y enriquecida, lo que la convierte en otro importante factor que debe tenerse en cuenta en el repertorio de soluciones al problema de hallar un vehículo de expresión literaria para la filosofía.

3. Los milesios y el tratado en prosa

3.1. Situación en que se hallan los primeros filósofos

Como señala Havelock (1966, 50), los primeros filósofos, dado que su especulación se centraba en el entorno físico, se veían obligados a contradecir la visión del mundo de la épica, en la que trataron de introducir un nuevo racionalismo. Los elementos que en la épica servían de apoyo mnemotécnico se vuelven innecesarios, desde el momento en que la escritura permite fijar por escrito las ideas. Necesitaban, pues, estos filósofos un nuevo lenguaje, pero en los primeros intentos de llevar a cabo tal tarea esperamos, como también pone de relieve Havelock, una gran dosis de ambigüedad, primero porque los cambios culturales no operan por rupturas bruscas y segundo porque su público requería aún memorizar lo que oía. Este mismo autor, que precisa que en general el estilo de composición de los presocráticos refleja siempre esta ambivalencia, no acomete,